

Cinco días trabajó en construir la cabaña, pues sus manos habían perdido el hábito del trabajo. Y aún después, su jornada era penosa, pues le fue preciso buscar frutos para alimentarse, evitar que los matorrales retoñaran alrededor de la cabaña y rodear ésta de estacas puntiagudas para que los tigres hambrientos que rugían en la sombra no se acercaran por la noche. Pero ninguna voz humana turbaba su alma: los días se deslizaban tranquilos como el agua de la corriente, renovados en el manantial infinito de la paz.

Sólo se acercaban los pájaros, y como el hombre, dado a la contemplación, no les molestaba pronto anidaron en su cabaña. Esparcía semillas de las flores espléndidas y los frutos para que los picotearan, y ellos se acercaban sin temer ya sus manos; bajaban de las palmeras cuando les hacía una seña determinada, y mansamente se dejaban acariciar. Un día encontró en el bosque un mono pequeño con una pata rota, que gritaba como un niño, echado en tierra. Lo tomó consigo y lo adiestró hasta que el animal, como por juego, le servía, remedando un verdadero criado. Así se rodeaba de lo vivo, pero sin olvidar que también en los animales duerme, como en los hombres, la violencia y la maldad. Veía cómo los caimanes se mordían y perseguían con verdadero furor, cómo los pájaros arrebatában del río los peces con sus picos puntiagudos, y, a su vez, las serpientes, con movimiento súbito, encerraban los pájaros en sus anillos: la inmensa cadena de aniquilamiento que la diosa enemiga tendió alrededor del mundo, se le aparecía como una ley contra la cual el conocimiento no podía nada. Satisfaciale sentirse puro espectador de estas luchas, sin complicidad en ellas.

Un año y muchas lunas transcurrieron sin que viera persona humana. Pero un día, un cazador, siguiendo la pista de un elefante que iba a abrevarse en el río, vio desde la orilla opuesta un cuadro singular. Sentado ante la exigua cabaña, aureolado por el reflejo amarillo del atardecer, había un viejo de barba blanca. Los pájaros se posaban pacíficamente sobre su cabellera, y un mono, con golpes sonoros, rompía unas nueces a sus pies. El anciano tenía la mirada fija en la cima de los árboles, donde se mecían los papagayos, y, sólo con levantar la mano, aquellas aves se precipitaban en dorada nube rumorosa a descansar en sus hombros. Al cazador le pareció ver a aquel santo del cual se había profetizado que los animales le hablarían con la voz de los hombres y crecerían las flores a su paso; que tendría el poder de coger las estrellas con los labios y desvanecer la Luna con el aliento de su boca. Y el cazador abandonó la tarea y corrió a su casa para dar cuenta de lo que había visto.

Al día siguiente, los curiosos se apiñaban en la orilla opuesta para espiar aquel prodigio, y cundía el asombro, hasta que uno de ellos conoció a Virata, el que abandonó familia y bienes por amor a la justicia verdadera. Extendióse la noticia y llegó al rey, el cual amargamente echaba de menos a su más fiel servidor, y mandó aparejar un bote con cuatro veces siete siervos al remo. Y movieron los remos hasta que el bote, corriente arriba, se detuvo en las cercanías de la cabaña de Virata, y extendieron tapices para que el rey llegara hasta el sabio. Pero hacía un año y seis lunas que Virata no había oído voz humana; estaba cortado e indeciso ante sus huéspedes y, olvidando la reverencia del vasallo a su señor, sólo supo decir:

-Bendita sea tu venida, mi rey.

El rey le abrazó.

-Desde hace años veo que tu camino se acerca a la perfección, y he venido para contemplar lo que es raro en el mundo: la vida de un justo, en la cual quiero aprender.

Virata se inclinó:

-Mi sabiduría se concreta a vivir apartado de los hombres para descargarme de toda culpa. Sólo a sí mismo puede instruirse el solitario. Yo no sé si lo que practico es sabiduría, ni sé si es dicha lo que siento, y nada podría aconsejar ni enseñar. La sabiduría del solitario es distinta de la del mundo, y la ley de la contemplación no es lo mismo que la de la acción.

-Pero contemplar cómo vive un justo ya es aprender -respondió el rey-. Desde que me he mirado en tus ojos experimento un gozo libre de culpa. No exijo más.

Virata volvió a inclinarse. Y el rey le abrazó otra vez.

-¿Puedo colmar alguno de tus deseos en mi reino, o llevar algún encargo a los tuyos?

-Ya no tengo nada mío, señor, o bien todo lo de la tierra es mío. He olvidado que una vez había entre las casas una que era mi propia casa, y entre, y entre los que tienen hijos, unos que lo eran míos. El sin patria es dueño del mundo, el que se desprende de todo tiene la vida entera, y el que vive sin culpa, la paz. No tengo más deseo que vivir sin culpa en la tierra.

-Adiós, pues, y acuérdate de mí en esta vida.

-Me acordaré de Dios, que es un modo de acordarme de ti y de todos los que son en la tierra porción y aliento suyo.

Virata se inclinó. Deslizóse río abajo el bote real, y durante muchas lunas el solitario no oyó otra voz humana.

Una vez más la fama de Virata levantaba el vuelo como un halcón blanco sobre el país. Hasta las más lejanas aldeas y las cabañas del mar llegó la noticia de aquel que abandonara familia y hacienda para vivir la verdadera vida de la devoción, y la gente dio al temeroso de Dios el cuarto nombre de la virtud: Estrella de la Soledad. Los sacerdotes encomiaban su renunciamento en los templos, y el rey, ante sus vasallos; y cuando un juez dictaba sentencia en el país, añadía: "Ojalá sea mi fallo tan justo como el de aquel Virata que hoy vive únicamente para Dios y es conocedor de toda sabiduría".

Y desde entonces sucedió, cada año con más frecuencia, que un hombre, al darse cuenta de lo culpable de sus actos y lo turbio de su apreciación de la vida, abandonaba hogar y patria, hacía donación de bienes y se retiraba al bosque para construir, como aquél, una cabaña y vivir para Dios. Porque el ejemplo es el vínculo que más fuerte ata unos hombres a otros; cada acto despierta en los demás la voluntad de lo justo y hace que se levanten del ensueño y llenen activamente sus días. Cobraban conciencia de la vacuidad de su existencia, de la sangre que manchaba sus manos y de la culpa que roía sus almas, y se iban a la soledad, a construirse en ella una cabaña como Virata y vivir para las más estrictas atenciones del cuerpo y para la infinita devoción. Cuando al ir en busca del sustento se encontraban por los caminos, no se hablaban para no reanudar la comunicación, pero sonreían sus miradas en la alegría, y las almas se comunicaban la paz. El pueblo dio a aquel bosque el nombre de retiro de los justos. Y ningún cazador se atrevía a mover la espesura para no turbar su santidad con la muerte.

Andaba Virata por el bosque una mañana, cuando vio a uno de los anacoretas inmóvil en

el suelo, y al bajarse para dar auxilio al caído vio que no había vida en su cuerpo. Virata le cerró los párpados, pronunció una plegaria e intentó llevarse más allá del bosque aquel despojo sin alma, con intención de encender una hoguera para que el cuerpo del hermano pudiera entrar purificado en la transmutación. Pero la carga era demasiado pesada para sus brazos, que habían perdido vigor con la escasa alimentación de frutos. Y atravesó el vado para ir a pedir que le ayudaran en la aldea vecina.

Cuando los aldeanos vieron al hombre sublime acercarse a ellos, se dispusieron a ponerse respetuosamente a sus órdenes y se dieron prisa a cortar los troncos necesarios para hacer las honras al muerto. Al paso de Virata se inclinaban las mujeres, los niños seguían pasmados con los ojos al que andaba tan callado, y algunos hombres salían de las casas, besaban el vestido del huésped sublime y requerían la bendición del santo. Pero Virata iba en medio de ellos sonriendo, y se daba cuenta de que era capaz de amar a los hombres con tanta más fuerza y pureza cuanto que ya no tenía ataduras con ellos.

Al pasar ante la última casa de la aldea, en medio de aquellos a cuya bienvenida correspondía con semblante sereno, vio los ojos de una mujer que se dirigían a él cargados de odio, y se estremeció, pues le parecía ver en ellos los ojos petrificados, olvidados hacía años, de su hermano. Tan desacostumbrada estaba su alma de toda hostilidad desde su nueva vida, que no quiso dar crédito a lo que veía. Pero la mirada de la mujer seguía atacándole, negra e inmóvil. Y cuando, venciendo su intranquilidad, logró mover los pies y adelantarse hacia la casa, la mujer se retiró hostilmente hacia el corredor, en cuya oscura profundidad pudo Virata distinguir las centellas de aquella mirada que le quemaba como el ojo del tigre en la espesura inmóvil.

Admirábase Virata: "¿Cómo puedo ser culpable contra esa mujer que parece asaltarme con su odio, si no la había visto nunca? -se dijo-. Ha de haber un error y voy a averiguarlo". Se acercó sosegadamente a la casa y llamó con los nudillos a la puerta. Sólo respondió el eco, pero él sentía la proximidad cargada de odio de la mujer desconocida. Con paciencia, llamó una segunda vez, y esperó y volvió a llamar como un mendigo. Por fin, la mujer se decidió a abrir, sombría y hostil la mirada contra el forastero.

-¿Qué más quieres de mí? -le preguntó, agitada.

Y el hombre vio como tenía que apoyarse en el pilar, de tal modo la dominaba la cólera.

Pero Virata se fijó en su semblante y se tranquilizó, pues tenía la seguridad de que no la había visto nunca antes de aquel día. Y ella era joven, y él, apartado de los caminos de los hombres desde hacía años; no se habían cruzado nunca sus pasos y no podía haber contrariado en nada su vida.

-Quería darte el saludo de la paz, mujer desconocida -comenzó Virata-, y preguntarte a qué viene la cólera con que me miras. ¿Me tienes por contrario? ¿Qué mal te he hecho?

-¿Qué mal me has hecho? -Una risa maligna se dibujaba en su boca-. ¿Qué mal me has hecho? Poca cosa, casi nada: has trocado mi hogar de la plenitud al vacío, me has robado lo que más quería y me has empujado a vida o muerte. ¡Vete, que no vea más tu cara, o mi ira no podrá contenerse!

Tan extraviadamente miraban sus ojos, que parecía loca. Virata se volvió para marcharse, diciendo:

-No soy el que tú imaginas. Vivo apartado de la gente y no cargo sobre mí la culpa del destino de los otros. Me confundes.

Pero el odio de la mujer le perseguía:

-¡Muy bien te conozco y te conocen todos!

Eres Virata, a quien llaman Estrella de la Soledad y honran con los cuatro nombres de la virtud. Pero no seré yo quien te honre; mi boca clamará contra ti hasta que llegue el juez supremo de los vivos. Ven, ya que me preguntas, y verás lo que me has hecho.

Y cogiendo al atormentado, le llevó al interior de la casa, empujó una puerta, la de una habitación baja y oscura, y le llevó al rincón, donde algo yacía sin movimiento sobre una esterilla. Virata se inclinó y retrocedió en seguida con terror: un muchacho estaba allí tendido, muerto, y sus ojos se abrían ante él rígidos, como un día los del hermano, en eterna acusación. Junto a él, sacudida por el dolor, la mujer gritaba:

-¡Era el tercero, el último de mis entrañas, y también me lo has matado, tú a quien llaman el santo y el siervo de los dioses!

Y cuando Virata, perplejo, iba a rechazar la afirmación, le llevó más allá:

-¡Mira ahí el telar vacío! Ahí pasaba el día mi esposo Paratika, tejiendo el lino claro, y no había otro tejedor como él en la comarca. Venían de lejos y le traían materia para su labor, y de esa labor vivíamos. Serenos eran nuestros días, porque Paratika era bondadoso y no desfallecía en su afán. Evitaba a los malvados y evitaba la calle; tres hijos despertó en mis entrañas, y los criamos para hacerlos hombres bondadosos y justos, a semejanza de él. Y sucedió que un cazador, ¡quisiera Dios que no le hubiera visto nunca!, le contó de uno que había en el país que, abandonando familia y hacienda, quiso identificarse con Dios, y que se había construido una choza con sus manos. El humor de Paratika se hizo más y más sombrío desde aquel día; meditaba con exceso por las noches y apenas hablaba. Una noche me desperté y no lo vi a mi lado. Se había ido al bosque que llaman de los santos, que es donde morabas tú, para acercarse más a Dios. Pero pensando en Dios se olvidó de nosotros, que vivíamos de su actividad. Cayó la pobreza sobre nuestro hogar, faltó el pan a los hijos, murió uno y luego otro, y hoy veo muerto a éste, el último, por culpa tuya. Porque tú le descarriaste. Para que tú te acerques más a la verdadera esencia de Dios, tres hijos de mi cuerpo estarán bajo la tierra dura. ¿Qué expiación será bastante, hombre altivo, cuando yo te liame ante el juez de muertos y vivos y diga que mientras su cuerpecito se retorció en mil padecimientos antes de morir, tú echabas migas a los pájaros y vivías alejado de toda pena? ¿Cómo podrás expiar el haber seducido a un hombre recto para que huyera del trabajo que le nutría a él y a sus hijos inocentes, con la necia pretensión de que estaría más cerca de Dios en la soledad que en la vida palpitante?

Virata palidecía y le temblaban los labios.

-Yo no sabía que arrastrara a otros. obraba por mí solo.

-¿Dónde está, sabio, tu sabiduría, si ni siquiera sabes lo que conocen hasta los niños: que toda acción proviene de Dios y que nadie se sustrae a ella ni a la ley de la culpa? No has sido más que un soberbio que te creíste dueño de tu acción y capaz de instruir a los otros. Lo que era la dulzura para ti, es mi amargura, y tu vida es la muerte de este niño.

Virata recapacitó un momento. Y, luego, se inclinó:

-Dices verdad, y me abres los sentidos. Siempre hay más ciencia y verdad en un dolor que en la serenidad de todos los sabios. Lo que sé, de los desgraciados lo aprendí, y lo que he visto ha sido por los ojos de los afligidos, los ojos del hermano eterno. No humilde ante Dios, como pretendía, antes bien orgulloso he sido, y ahora lo conozco por tu pena, que es ya como la mía. Perdóname que me sea preciso reconocerlo: soy culpable para contigo, y también culpable del destino de muchos otros que no sospecho. Porque también el inactivo anda mezclado en una acción que le hace culpable sobre la tierra, también el solitario vive en todos sus hermanos. Perdóname, mujer, voy a abandonar el bosque para que también Paratika vuelva a ti y despierte a nueva vida en tus entrañas, en compensación de lo pasado.

Inclinóse de nuevo y rozó el borde de su vestido con los labios. Y se apaciguó la ira de la mujer, que miraba con asombro al que se marchaba.

Virata pasó todavía una noche en su cabaña, miró las estrellas al brotar blancas en la profundidad del cielo, y, cuando se extinguieron por la mañana, dio el último pasto a los pájaros y los acarició. Luego, tomó el cayado y la concha y volvió a la ciudad.

Apenas se extendió la noticia de que el santo había abandonado su retiro y volvía a estar entre los muros de la urbe, aglomeróse la gente en las calles, venturosa de ver a quien tan raras veces se mostraba, pero con el secreto recelo de algunos de que su vuelta del retiro con Dios podía ser anuncio de desgracia. Como a través de una muralla móvil andaba Virata entre demostraciones de respeto, e intentaba corresponder con la sonrisa serena que le era familiar; pero por primera vez no acertaba a sonreír, y sus ojos no salían de la gravedad, y su boca permanecía severa.

Cuando llegó al patio del palacio había terminado ya la reunión del Consejo y el rey estaba solo. Virata se le acercó y él se levantó para estrecharle en sus brazos. Pero Virata se inclinó hasta el suelo y cogió el borde del vestido del rey en señal de súplica.

-Colmada está tu petición antes de formularla -dijo el rey-. Mi mejor honra es el poder que me es dado para servir a un santo y prestar auxilio al sabio.

-No me llames sabio -respondió Virata-, pues no he seguido el camino verdadero. He divagado, y vuelvo a encontrarme en actitud de súplica bajo tu palacio; en el mismo sitio donde otro día te pedí que me libraras de mi cargo. Quise librarme de la culpa y evitar toda acción, pero también así me enredé en la red que tienden todos los dioses al paso de los seres terrenales.

-Lejos de mí creer lo que dices -respondió el rey-. ¿Cómo pudiste obrar mal para con los humanos si vivías apartado de ellos? ¿Y cómo caer en pecado si vivías en Dios?

-No cometí el mal a sabiendas; huía de la culpa, pero nuestros pies están atados a la tierra y nuestros actos a las leyes eternas. También la inacción es una acción, y no pude escapar a los ojos del hermano eterno, sobre el cual obramos en bien o en mal aunque no queramos. Múltiple es mi pecado, porque huyendo a la soledad negué mi servicio a la vida, fui un hombre inútil porque sólo me cuidaba de mi vida, y a nadie prestaba servicio. Ahora quiero servir de nuevo.

-Me extrañan tus palabras, Virata; no te entiendo. Dime tu deseo para que pueda colmarlo.

-No quiero continuar teniendo la voluntad libre. Porque el libre no tiene tal libertad, y el inactivo no por serlo escapa al error. Sólo quien es útil es libre; quien da su voluntad a otro y su energía a una labor, y trabaja sin querer saber más. Sólo la parte media del acto es labor nuestra. Su comienzo y su fin, su causa y su efecto, son de los dioses. Hazme libre de mi voluntad, porque todo querer es confusión y todo servicio sabiduría. Librame de ella y tendrás mi gratitud.

-No te entiendo. Me pides que te dé la libertad y al mismo tiempo que te obligue a servirme. Así, ¿el libre sería quien tomara sobre sí el servir a otro, y no sería libre el que le ordenase este servicio? No lo entiendo.

-Bueno es que no lo entiendas. ¿Cómo podrías ser todavía rey y mandar, si lo entendieras?

El semblante del rey se nubló de cólera:

-¿Pretenderías que el que manda es inferior al siervo delante de Dios?

-No hay inferior ni superior ante Dios. El que sirve y sacrifica su voluntad sin preguntar, echa de sí la culpa en las manos de Dios. Pero el que yergue su voluntad y pretende evitar las cosas hostiles con su sabiduría, cae en tentación y es culpable.

El semblante del rey continuaba en la confusión.

-¿De modo que un servicio es igual a otro y no existe grande o pequeño delante de Dios y de los hombres?

-Puede ser que muchas cosas parezcan grandes a los ojos de los hombres, mi rey, pero ante Dios todo servicio tiene el mismo valor.

El rey detuvo largo rato la mirada sombría sobre Virata. El orgullo se retorció en su alma. Pero al ver el semblante deshecho de Virata, el cabello blanco sobre la frente rugosa, pensó que el viejo había caído en reblandecimiento y le dijo en chanza, para ponerle a prueba:

¿Quisieras cuidar de los perros de mi palacio?

Virata se inclinó y besó la grada en señal de gratitud.

Desde aquel día, el anciano a quien el reino había aclamado en otros tiempos con los cuatro nombres de la virtud se encargó del cuidado de los perros en los bajos que había frente al palacio, mezclado con los criados en la vivienda más humilde. Sus hijos se avergonzaban de él y evitaban ser vistos entre la gente para no tener que descubrir de quién habían sido engendrados; los sacerdotes se apartaban del hombre sin dignidad. El pueblo se acercaba para asombrarse de cómo el anciano, un día el primero en el reino, salía ahora con la trailla de perros sin fijarse en nadie. Pero esto duró pocos días, y pronto hicieron caso omiso de él.

Virata cumplía fielmente su servicio desde la madrugada a la caída del Sol. Lavaba el hocico a los perros y rascaba la sarna de su piel, les traía la comida, ponía blanda su yacija y barría sus excrementos. Pronto se encariñaron con él los perros más que con ningún otro de los palaciegos, y esto le contentaba; su boca arrugada de viejo, que raras veces hablaba con ningún hombre, sonreía cuando los veía felices, y así transcurría su vida, sin acontecimientos. El rey murió antes que él, y

su sucesor no le hacía caso, a no ser una vez que le dio con el bastón porque un perro le gruñó al pasar. Y también los demás fueron olvidando poco a poco su existencia.

Cuando, cumplidos sus días, Virata murió y fue enterrado en la fosa común de los siervos, ya nadie guardaba recuerdo del que ensalzaron en otros tiempos con los cuatro nombres de la virtud. Sus hijos se escondieron y ningún sacerdote entonó los cantos fúnebres sobre su cadáver. Soamente los perros aullaron durante dos días y dos noches, y pronto se olvidaron también de Virata, el nombre del cual no consta en las crónicas de los monarcas ni está inscrito en los libros de los sabios.

Bibliografía

Unidad 3 La variable economía en el texto literario

CAMPBELL, Mc Connell
Curso Básico de Economía. Principios. Problemas y Política
Traducido por Jesús Ruiz de Cenzano y Losa,
Ed. Aguilar, 2da. edición,
Madrid, 1975

DOBB, Maurice
Introducción a la Economía
Fondo de Cultura Económica,
México, 1961

FERGUSON, John M.
Historia de la Economía
Fondo de Cultura Económica,
5a. edición.
México, 1990

SAMUELSON, Paul A. y William D. Nordhaus
Economía
Traducido por Luis Toharia Cortés,
Duodécima edición,
McGraw-Hill,
México, 1987

SCOTT, H. M.
Curso Elemental de Economía
Ed. Fondo de Cultura Económica,
México, 1986

S/N
Manual de Historia y Economía (Compendio)
Cuarta edición,
Ed. Quinto Sol,
México, 1985,

Ensayos
Facultad de Economía de la U.A.N.L.,
Revista mensual, vols. XII y XIII
Monterrey, N. L., México, 1994

TAVARES, María Concepción
La Política de Ajuste en Chile, Argentina, Brasil y México. los límites de la resistencia
Facultad de Economía de la U.N.A.M.,
N° 206, oct. a dic. 93, pp 9-50

TOFFLER, Alvin

La Tercera Ola

Traducido por Adolfo Martín,
15a reimpresión,
México, 1993

Unidad 4

La variable religión en el texto literario

BROOM, Leonard Y

Philip Selznick

Sociología

México 2a. reimpresión
CECSA

CHINOY, Ely

La sociedad

Trad. Francisco López Cámara
México, FCF
1987

ELIADE, Mircea

Tratado de Historia de las religiones.

México, 5a. edición,
1984

FROMM, Erich

Psicoanálisis y Religión

Trad. Josefina Martínez Alinari,
México, Ediciones Siglo Veinte,
1990

GOMEZJARA, Francisco A.

Sociología,

México, Edit. Porrúa, S.A.
XXIII edición,
1992

LEWIS, John

Antropología Simplificada

México, XXXI Reimpresión,
Actualidad editores,
1969

MONTES DE OCA, Francisco

La literatura en sus fuentes.

Ed. Porrúa, S.A.
México, 1968

NANDA, Serena

Antropología cultural.

Trad. Andrés López,
México, D.F.
Grupo Editorial Iberoamérica,
1987

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO SANTILLANA,

España,
Talleres gráficos Mateu Cromo, S.A.
1992

ENCICLOPEDIA BARZA,

Tomo XIII,
México, 1981

ENCICLOPEDIA CULTURAL,

Científica, Literaria, Artística,
Tomo 13,
Unión Tipográfica Hispanoamericana
México

ENCICLOPEDIA SALVAT PARA TODOS,

Tomos 4, 7 y 8,
Ediciones Salvat, S.A.
Madrid, 1965

Historia de las religiones

(Las religiones constituidas en occidente y sus contracorrientes I, volumen 7.)
Siglo Veintiuno editores, S.A.

Historia de las religiones.

Las religiones constituidas en Asia y sus contracorrientes II Vol. 10,
Siglo XXI editores, S.A.

Las religiones en el mundo actual

Barcelona,
Salvat editores, S.A. Nº 36,
1973

Asesor:

Lic. Fidel Chávez Pérez

Marzo, 1988